

EL CONOCIMIENTO COMO BIEN COMÚN Y EL PAPEL DE LAS BIBLIOTECAS

*Giovanni Solimine**

Dipartimento di Scienze documentarie, linguistico-filologiche e geografiche. Università di Roma La Sapienza

Resumen: Parte de este texto fue presentado por el autor en la conferencia inaugural del V Encuentro Ibérico EDICIC (Asociación de Educación e Investigación en Ciencia de la Información de Iberoamérica y el Caribe), Badajoz 17-19 de noviembre de 2011. Después de analizar los problemas de acceso al conocimiento y la relación entre el conocimiento y el bienestar en la sociedad contemporánea, se analizan el papel de las bibliotecas como un servicio público y un instrumento de inclusión social.

Palabras claves: Sociedad del conocimiento; acceso al conocimiento; alfabetización informacional; bien común; bienestar; globalización; bibliotecas.

Title: KNOWLEDGE AS A COMMON GOOD. THE ROLE OF LIBRARIES.

Abstract: Part of this text was presented by author in the inaugural speech held at the V Encuentro Ibérico EDICIC (Asociación de Investigación en Educación and Ciencia de la Información y el Caribe de Iberoamerica), Badajoz, 17-19 November 2011. After analyzing the problems of access to knowledge and the relationship between knowledge and well-being in contemporary society, the author discusses the role of libraries as a public service and an instrument of social inclusion.

Keywords: Knowledge society; access to knowledge; information literacy; commons; well-being; globalization; libraries.

1. BIENESTAR Y CONOCIMIENTO

Algunos estudiosos, pertenecientes al grupo de los denominados “economistas humanistas”, trabajan desde hace tiempo en una redefinición de los conceptos “bienestar” y “riqueza”. Richard Layard (2005), profesor de la London School of Economics, se pregunta cómo nunca, mientras la riqueza de la sociedad occidental ha continuado creciendo, sus habitantes no han llegado a ser más felices, como se demuestra por la propagación de fenómenos como la depresión, criminalidad y dependencia de varios tipos de droga. La reflexión de Layard comienza desde la filosofía iluminista de Jeremy Bentham¹, según el cual la mejor sociedad posible es aquella en la que los ciudadanos son en mayor medida felices. Este concepto, que encontramos también en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, ha inspirado gran parte del progreso económico y social en los últimos dos siglos, traducándose en un ideal de auto-realización, competitividad e individualismo desenfrenado, que domina la cultura norteamericana y que tiende a hegemonizar el mundo occidental entero y ahora incluso los países asiáticos

* giovanni.solimine@uniroma1.it

Recibido: 10/12/2011; 2ª revisión: 10/01/2012; aceptado: 03/02/2012.

SOLIMINE, G. El conocimiento como bien común y el papel de las bibliotecas. *Anales de Documentación*, 2012, vol. 15, nº 1. <http://dx.doi.org/10.6018/analesdoc.15.1.142761>.

que están viviendo una fase de crecimiento impetuoso, como China. Esta interpretación, sostiene Layard, se muestra fallida ya que ha provocado en los individuos el ansia de pretender siempre más cosas exclusivamente para ellos mismos. Si quisiéramos verdaderamente ser felices, tendríamos por el contrario necesidad de alguna idea de bien común, a cuya construcción podríamos contribuir sólo unidos a los otros.

Y es precisamente sobre esta idea de “bien común” donde conviene concentrar nuestra atención. La concesión del Nobel de economía 2009 a Elinor Ostrom – estudiosa que propone una tercera vía entre Estado y mercado, centrada en una gestión “comunitaria” de los bienes colectivos globales, como la atmósfera, el clima o el agua, además de las infraestructuras y servicios de pública utilidad y, entre éstos, el sistema de comunicaciones cultural y científica² – plantea con fuerza a quien se ocupa profesionalmente de los servicios bibliotecarios una cuestión a la que quizá debería dedicarse una mayor atención: las condiciones en las cuales hoy es necesario el acceso al conocimiento y a los documentos en los que el conocimiento es registrado.

De igual modo Ostrom ha resaltado que el conocimiento es un bien común “no competidor” o “no sustraible”, en el sentido de que su uso por parte de un sujeto no impide a otros utilizarlo. Al revés, cuantas más sean las personas que comparten el conocimiento, mayores son las ventajas para la colectividad. Se trata de ventajas generalizadas, que se traducen por tanto en una mejora de la calidad de vida y en un bienestar social global.

Ya en el 1998 el Nobel de Economía fue concedido al filósofo-economista bengalí Amartya Sen, principal exponente de esta Escuela de “economistas humanistas” y uno de los más autorizados e influyentes intelectuales de nuestro tiempo, según el cual la información representa un bien compartido necesario en democracia. Él tiene el mérito de haber desarrollado un enfoque radicalmente nuevo de la evaluación del nivel de bienestar de una sociedad, estudiando la pobreza, la calidad de vida y la igualdad no solo por medio de los indicadores tradicionales de disponibilidad de bienes materiales (riqueza, renta, gasto en bienes de consumo) sino sobre todo analizando la posibilidad para sus miembros de ir hacia la vida deseada, de vivir experiencias o situaciones en las cuales el individuo se atribuye un valor positivo, de sentirse libre de escoger: en definitiva, su “libertad de estar bien” (Sen, 1992).

Estamos hablando entonces de un modo diverso de entender el crecimiento y el desarrollo, en el cual el conocimiento adquiere un valor fundamental. El tema está ya, al menos aparentemente, desde hace tiempo en la agenda de nuestros gobernantes.

Recientemente la Comisión Europea ha lanzado la estrategia denominada “Europa 2020”, para preparar la economía de la UE y afrontar el desafío del decenio que estamos viviendo³. Tres son los motores de crecimiento de esta línea de acción en los que se confía: crecimiento inteligente (promoviendo el conocimiento, la innovación, la instrucción y la sociedad digital), crecimiento sostenible (convirtiendo nuestra producción

más eficiente bajo el perfil del uso de recursos, relanzando al mismo tiempo nuestra competitividad) y crecimiento inclusivo (incentivando la participación en el mercado de trabajo, la adquisición de competencias y la lucha contra la pobreza).

Las consideraciones hasta aquí esbozadas están aparentemente alejadas del objeto principal de mi intervención, pero es en este escenario en donde hoy se colocan los servicios públicos de acceso al conocimiento, cuya función está estrechamente unida a la crítica de la sociedad individualista de la que hemos hablado precedentemente. Estos servicios, de hecho, unidos a la generalidad de las instituciones culturales, no pueden no ofrecer el objetivo – que a alguno pueda parecer viejo, pero con realismo y sentido de la medida va individualizado y perseguido – de dar una contribución y ejercitar una función de equilibrio frente a las contradicciones y a la iniquidad de la sociedad contemporánea. La cuestión es muy importante y debería llamar la atención no solo a los que se ocupan de la organización de la cultura y la política cultural sino también a los que tiene interés en encuadrar estos temas en una perspectiva más amplia, que toca también el tema de la democracia real y de la igualdad en nuestra sociedad.

Hojeando los datos publicados anualmente en el “Economist”⁴ o presentes en otras fuentes estadísticas que permiten una comparación a nivel internacional⁵ podemos constatar que los países en los cuales los niveles de instrucción y de participación en la vida cultural, incluidos los índices de lectura de libros y periódicos o de conexión a Internet, son más altos y en los cuales las bibliotecas marcan una presencia más incisiva, son también los países en los cuales los niveles de competitividad son más elevados, la corrupción y la criminalidad pesan en menor medida, la paridad entre sexos está plenamente asumida, y así sucesivamente. Ciertamente, sería ingenuo individualizar una banal relación de causa y efecto, y todavía más considerar que la cultura sea la causa, afirmando que todos estos valores positivos se afirman porque los consumos culturales son mayores. Quizá es verdad también lo contrario: la gente lee más y frecuenta los museos y las bibliotecas in mayor medida porque las normas de vida son mejores, pero indudablemente las dos cosas van parejas, ya que el sentido crítico y los estímulos que la lectura ofrece son de ayuda para la mejora de la convivencia civil. Una cosa es cierta: la correlación entre estos dos datos juntos es un índice de “bienestar” global. Y el porcentaje del Producto Interior Bruto (Gross Domestic Product, GDP) invierte en instrucción, investigación y desarrollo el anillo de cónyuge a los dos unidos.

Desde hace tiempo se desea, pero finalmente los poderes públicos parece que están intentando tomar en consideración esta diferente visión del bienestar. En Gran Bretaña el gobierno Tory de David Cameron, inspirándose expresamente en las ideas de Layard (que es también componente de la Cámara de los Lores) está ocupado en poner en marcha otro Producto Interior Bruto que contabiliza únicamente la riqueza producida y la renta nacional global para medir el bienestar de la población y propone la adopción de un nuevo “indicador de la felicidad”, capaz de representar el bienestar social, personal, cultural, la alegría de vivir y de divertirse. El presidente francés Sarkozy se ha valido de la colaboración de Joseph Stiglitz, ganador del Nobel en el 2001 y también afín a esta

escuela de pensamiento, para revisar las tradicionales clasificaciones de riqueza y bienestar.

Pero, más allá de estas consideraciones unidas al bienestar, y que al fin de cuentas entramos siempre en una óptica de tipo utilitarista, se reconoce otro valor a la cultura, mejor a la *culture* en la acepción del término inglés, entendiendo por cultura la “práctica y conocimiento colectivo”. La cultura es “patrimonio común” en cuanto parte integrante del sistema de valores en los cuales se reconoce una comunidad, y en cuanto una de las matrices que contribuyen a determinar el patrimonio intelectual. El ser “bien común” nace del hecho de ser el producto de una elaboración colectiva, estratificarse en el tiempo, nexo de unión de una comunidad.

Pasando a los temas que nos interesan más de cerca, y por tanto a aquella forma de cultura que se identifica con el saber que es registrado en los documentos, es necesario preguntarse si el mundo digital en el cual estamos inmersos favorece u obstaculiza la participación de los individuos en los flujos de producción y circulación de la cultura, y por tanto el ejercicio de los derechos de los ciudadanos en la sociedad actual. Es una opinión difusa que cualquier transformación tecnológica que sirva para acortar la distancia entre el momento de la producción intelectual y la del acceso a tal producción – como fue la stampa en caracteres móviles hace cinco siglos y como hoy el web – representa objetivamente una contribución a una mayor democratización. Y ahora, deberíamos preguntarnos más concretamente cómo se puede efectivamente realizar la dimensión de red como espacio de interacción sobre el cual se fundamenta el compartir el conocimiento.

2. EN EL UNIVERSO DIGITAL

En la mayor parte de los casos la producción y la circulación del conocimiento encuentra hoy su horizonte de referencia en el entorno digital. Dentro de este universo “gallegiano” tantas cosas diversas, de las cuales no siempre acertamos a percibir las características intrínsecas y las relaciones recíprocas: datos y bits; informaciones como datos contextualizados; documentos como soportes de las informaciones. Es la contextualización la que consiente la interpretación de los datos y les confiere un valor informativo real: la información es por lo tanto una unión de datos organizados en un contexto que les atribuye un significado. También forma parte del contexto el lenguaje en que la información viene expresada. Gracias al dominio compartido de tal lenguaje por parte de quien emite y de quien recibe las informaciones, ellas pueden transferir conocimiento. Podemos entender, por tanto, como conocimiento el dominio de un conjunto de nociones organizadas. A la complejidad, desde el punto de vista de la riqueza y de las articulaciones, acompaña también la dimensión cuantitativa siempre creciente. La enorme cantidad de documentación producida cada día representa un recurso precioso para millones de personas que tienen necesidad de acceder de modo completo, fiable y rápido a estos documentos – y, antes aún, a los servicios y a las informaciones a través de las cuales localizarlos – para poderse relacionar con otros individuos e instituciones, y por tanto ser incluidos en la sociedad y poder participar conscientemente en la vida colectiva.

Es esto uno de los elementos constitutivos de la sociedad contemporánea, que expresa la capacidad de producir y acumular enormes cantidades de conocimiento, dando vida a veces a fenómenos de sobreabundancia típicos de las “patologías del bienestar”, hasta el punto de poder hablar de *information overload* (Rifkin, 2000). La percepción de este malestar es debida no solo a la cantidad de información existente, sino también al modo en que ella se extiende, a cómo viene propuesta y a veces impuesta, y al evidente deslineamiento entre las dimensiones de esta oferta y la real posibilidad de uso. La experiencia nos enseña que basta introducir un término cualquiera en la pantalla de un motor de búsqueda para obtener una enorme cantidad de resultados, aunque no siempre pertinentes. El fenómeno de la sobreabundancia informativa se manifiesta sobre la vertiente de la producción y sobre la del consumo. En la era digital los documentos adquieren, al menos en apariencia, una gran visibilidad y accesibilidad, y esto nos induce a acumular una notable cantidad de materiales, quizá más allá de nuestra necesidad y sin ser capaces siempre de disfrutarlos adecuadamente.

Estamos inmersos en un sistema documental complejo, que debe su ritmo de crecimiento a la facilidad con la que las tecnologías consienten hoy “publicar”, y “hacerse público y accesible” lo que es producido. Cualquier ampliación del perímetro en el cual el conocimiento se difunde es positivo, pero esta situación no está privada de peligros y no sólo porque el sobredimensionamiento de la cantidad puede ir en detrimento de la calidad: esto que mayormente puede preocuparnos es el daño que puede derivarse de la banal facilidad con la que la documentación circula y, por tanto, del riesgo que venga excepto un cuidadoso trabajo de selección, validación y filtro en los diferentes momentos de la mediación informativa y documental. En la era del *self-service* y de la comunicación global, la función de algunas figuras de “mediadores” de los documentos y los contenidos en ellos registrados – como el editor, el librero, el bibliotecario, y en cierta manera también algunas figuras de formadores como los profesores – va al encuentro de un empañamiento, hasta su casi total desconocimiento dentro de una realidad dominada por una constante tentación de “desintermediación”. Se está produciendo una peligrosa tendencia a la simplificación, la costumbre de contentarse frente a los primeros resultados que un motor de búsqueda recupera, sin que sea evaluada la pertinencia, la relevancia y la fiabilidad, y por tanto sin que pueda producirse una apropiación crítica y consciente de los contenidos. Esta auto-limitación de las posibilidades de búsqueda, como efecto colateral de la evolución tecnológica, puede llegar a apagar cualquier curiosidad y, cuando la “Google generation” haya alcanzado la edad madura y sus exponentes se hayan convertido en empleados, profesionales, investigadores el empobrecimiento del que estamos hablando tendrá consecuencias graves en el campo del autoaprendizaje, la formación continua, de la continua puesta al día de las competencias en todos los sectores.

No añoro de manera nostálgica el pasado ni intento sostener una supremacía de las viejas formas del saber y de su transmisión jerarquizada respecto a las nuevas, pero parece fuera de duda que la cultura escrita – y con ella el libro que ha sido durante siglos el principal vehículo – tenga como principal característica una complejidad de exposición y

de argumentación que seguramente favorece el desarrollarse y el afinarse de capacidad crítica. Y es por este motivo que la costumbre con el libro y la lectura adquiere un valor formativo importante y ayuda a mejorar la capacidad expresiva y a enriquecer el lenguaje.

Si se quiere comprender la relevancia de la cuestión de la cual estamos discutiendo, debe quedar bien clara la distinción que separa “*la información*” de “*el conocimiento*”: retomando los términos “crudo” y “cocido” introducidos por Claude Lévi-Strauss (1964) en la sociología del conocimiento para representar la contraposición entre naturaleza y cultura, Bruke (2000) ha asimilado el término “información” a cuanto es inmediato, práctico y específico, por tanto “crudo”, mientras “el conocimiento” denotará aquellas que ha sido “cocido”, elaborado, sistematizado por el pensamiento. Se puede obtener un real enriquecimiento sólo cuando se asegura la posibilidad de un uso autónomo y responsable de este enorme patrimonio. Van garantizadas iguales oportunidades para todos los ciudadanos en el acceso a la información y a los documentos y, todavía más importante, un pleno dominio de los instrumentos que hacen posible la apropiación de contenidos. Esto se une a los problemas de la formación continua y a un nuevo modo de enseñar, no fundado sobre todo en la transmisión de un saber consolidado, sino inspirado en un estilo de aprendizaje activo que, a todos los niveles, desde los primeros grados de instrucción hasta la universidad, ponga al alumno en contacto directo con las fuentes y los documentos, enseñándoles a seleccionar, organizar, interpretar y reelaborar autónomamente las informaciones recibidas.

Para un completo y óptimo disfrute del capital humano y de las energías intelectuales que un país dispone, y para procurar a todos efectivas posibilidades de crecimiento personal y plena inserción en la vida productiva y social, es necesario ante todo “enseñar a aprender”, para valerse de los instrumentos a través de los cuales podemos adquirir las informaciones indispensables para nuestra existencia. El acceso a la información y al conocimiento es un servicio de relevancia primaria, debido a todos los ciudadanos y no dirigido sólo a motivaciones culturales exquisitas y de estudio, sino considerado dentro de una articulada galaxia de servicios de *info-edu-entertainment*.

Piensen, por ejemplo, en la documentación producida de las instituciones y de las administraciones públicas sobre las cuales se fundamenta la coexistencia civil: muchas declaraciones internacionales sobre el tema de acceso a la documentación pública unen la cuestión a las dinámicas de la sociedad de la información, en cuya tecnología en red han determinado una reformulación del derecho de acceso ratificado del art. 19 de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* en su doble valor de libertad de información y de expresión.

Se multiplican hoy las exigencias y las oportunidades de acceso al conocimiento, impensables hace poco tiempo, pero se trata de conocimiento que no todos serían capaces de usar si debieran hacerlo sólo con sus propios medios. Las tecnologías de la comunicación inciden profundamente en las estructuras sociales y, si no queremos precipitar una nueva forma de analfabetismo y de pobreza, se plantea un delicadísimo

problema de democratización en el disfrute de estos conocimientos; lo que quiere decir también consentir a todas las inteligencias expresarse en la reelaboración y crecimiento de este saber. La distinción entre ricos y pobres, entre los que están integrados y los que están marginados, pasa hoy por la posibilidad de arrimarse al conocimiento.

Hace algunos años ni siquiera los futurólogos más avezados eran capaces de imaginar en todos sus efectos la importancia que habría asumido el desarrollo de la red: más allá de las consideraciones sobre su crecimiento cuantitativo⁶, está fuera de duda que Internet es el medio de comunicación que se ha difundido más rápidamente en la historia de la humanidad. Pero no habríamos comprendido de lleno este fenómeno si lo identificáramos sólo con las tecnologías utilizadas y con la capilaridad de su difusión: la dimensión de red invertida para producir y difundir el conocimiento, el modo de agregar intereses y formar comunidad, el propio modo de trabajar y vivir. Que no se trata sólo de un problema de acceso sino de participación activa, está demostrado por el hecho de que la principal oportunidad unida a la *comunicación reticular* consiste en el paso del flujo de *uno a uno* o de *uno a muchos* a la comunicación de *muchos a muchos* ya que en red es extremadamente fácil pasar del papel a menudo pasivo de “destinatario” del mensaje, de “oidor”, al papel activo de quien crea y difunde un mensaje, es decir, al papel de emiteente. El desarrollo impetuoso de las *social network*, al cual hemos asistido en los últimos años, ha dejado ahora más evidente esta característica de la red y el aprovechamiento de la *web 2.0* dará un posterior empuje en esta dirección.

La revolución cultural que Internet ha producido, cualquiera que sea el juicio que se le quiera dar, es profundísima e induce a plantearse una pregunta profunda: ¿qué se puede hacer para evitar que un factor así de crecimiento, y por sí mismo de democratización del acceso al conocimiento, se convierta al mismo tiempo en un elemento de discriminación?

Aún así en una situación muy diferente respecto al pasado, la relación entre centro y periferia, entre campo y ciudad, entre norte y sur del mundo se manifiesta de nuevo hoy y no parece fácilmente superable. En teoría las tecnologías consentirían a cada individuo dar su propia aportación al desarrollo del conocimiento: pero también si el saber producido y reconocido como tal es siempre más el resultado de una construcción colectiva, en la práctica es difícil tomar parte en este proceso y para un ciudadano común es extremadamente imposible intentar introducirse de manera incisiva en los circuitos que lo determinan.

El debate sobre la unión entre cultura y economía y sus condicionamientos que acompañan a este fenómeno social, cultural y económico que viene indicado comúnmente con el termino *globalización* es demasiado extenso para que se pueda aquí mínimamente retomarlo, pero es indispensable hacer un gesto al menos a una de las principales contradicciones que lo caracterizan: nos referimos al *digital divide*.

La compleja unión de acontecimientos y problemas que acompaña la mundialización de la sociedad contemporánea no sería ni siquiera imaginable sin tener en cuenta el peso

que han adquirido las tecnologías de las comunicaciones, que han convertido nuestro planeta siempre más interdependiente e interconectado, como se confirma por la profunda crisis en la cual en poco tiempo han caído todas las economías de los países industrializados.

La crítica del globalismo, que conlleva obviamente también aspectos políticos y éticos, se concilia con la consciencia de las innegables ventajas que las redes aportan a la vertiente del acceso al conocimiento. La disponibilidad de las tecnologías y la capacidad de usarlas se convierte en elemento fundamental de los nuevos derechos de la ciudadanía en la sociedad global de la información, y a través de la red pasa la línea de demarcación del desarrollo. Queda, no obstante, el objetivo de conjugar la posibilidad de acceso a todos los conocimientos disponibles con la exigencia de garantía de la identidad y la especificidad de las diversas situaciones en las cuales estos conocimientos van a ser utilizados para favorecer el desarrollo de los hombres y de las sociedades, si no queremos correr el riesgo de la confusión que una descontextualización y la supina imitación de modelos abstractos podría provocar (Mattelart, 2008).

Sirve, por tanto, también una dimensión “local” del acceso y uso del conocimiento. Diré, mejor, que aquí encontramos otra función específica de las bibliotecas, que de siempre están a la búsqueda de un punto de equilibrio entre la aspiración a la universalidad, a la cual no quieren renunciar, y la exigencia de incardinarse en una específica realidad y satisfacer las necesidades de un específico segmento de usuarios. En esta dimensión “glocal”⁷ de la biblioteca podemos encontrar quizá una respuesta a las contradicciones a las cuales nos referíamos.

3. RICOS Y POBRES: EL COSTE DE LA IGNORANCIA

En el mundo actual, en muchos casos la división entre riqueza y pobreza pasa a través de la cantidad y la calidad de conocimiento poseído y el modo en que estos conocimientos se traducen en competencias utilizables y derrochadas en los diversos ámbitos de la vida. Dentro de una estructura social en la cual la circulación de conocimientos asume una relevancia fundamental la capacidad de ser parte activa de este circuito constituye en consecuencia un elemento de primera importancia.

Entre las características peculiares de la *knowledge society* contemporánea está desde luego el estímulo, mejor el imperativo, de aprender durante todo el arco de existencia, independientemente del tipo de actividad desarrollada y no solo en función de ella: de hecho vale no solo para quien ejercita una profesión intelectual o para quien se deja llevar por la competitividad, a menudo desesperada, que distingue el mundo del trabajo, pero que como ya se ha señalado antes, es la misma participación en la vida asociada lo que empuja a millones de personas a acceder a la información correcta, en tiempo extremadamente rápido y con la razonable certeza de haber individualizado y recuperado todo de lo que han tenido necesidad. Se requieren competencias de mérito y competencias de método: un saber hecho de contenidos – que no son sólo contenidos “culturales”, sino

contenidos finales y un carácter eminentemente práctico, lo que llamamos *know how* – pero elaborado también de una capacidad de aprendizaje, un dominio de los instrumentos a través de los cuales se accede a los contenidos, de la habilidad para adquirir, seleccionar y utilizar los contenidos. Por estos motivos, el conocimiento es uno de los principales motores del desarrollo de nuestra sociedad.

Como decíamos al inicio, el conocimiento es un instrumento de riqueza y de inclusión social y no se puede dar por adquirido una vez para todos, sino debe ser continuamente realineado al desarrollo científico, productivo, cultural, social. Para indicar esta necesidad de preparar constantemente el propio equipaje de conocimiento y de competencias, informándose y documentándose durante todo el arco de la existencia, se ha acuñado la expresión *sociedad del aprendizaje*: la actividad de aprender, de hecho, no se satisface con la fase inicial de la vida, aquella durante la cual nos formamos y preparamos a través del estudio para entrar en el mecanismo productivo, ni se dirige solamente a los trabajadores intelectuales que hacen del estudio y del avance del saber el propio trabajo habitual. En diversa medida y con características diferentes el problema se sitúa para todos y no mira sólo a las jóvenes generaciones sino también aparece en los formales circuitos de instrucción, ya que si se sale fuera de los flujos informativos resulta disminuida la capacidad de participar en la vida asociada.

En el actual proceso de globalización, el mercado de trabajo registra un progresivo paso por cuotas significativas de los ocupantes de actividad laboral simple a actividad laboral compleja, que requieren conocimiento, competencias y habilidad siempre más elevados. Los sistemas de instrucción, aún siendo fundamentales, no cubren todas las funciones formativas de una sociedad y no proveen todas las competencias funcionales requeridas por el sistema productivo y la sociedad misma.

Se necesita apostar por el crecimiento del “capital humano” de una sociedad, conteniendo en esta expresión el patrimonio de cualificaciones, conocimiento y competencias formales e informales – adquiridas en la familia, a través del recorrido escolar y en el curso de la vida profesional, pero también con la experiencia de la vida cotidiana – que facilitan el bienestar personal, social y económico. La calidad del capital humano tiene efectos muy relevantes, sea a nivel individual o del sistema, sobre la productividad o sobre la riqueza, pero también sobre otros indicadores sociales, como una más larga esperanza de vida, una reducción de la tasa de criminalidad.

Podemos decir entonces que la pobreza de competencias funcionales y una débil calidad del capital humano o una escasa manutención en el tiempo denuncian una emergencia formativa y se traduce en un “coste de ignorancia” que las sociedades contemporáneas no pueden soportar más. Una sociedad poco “cultura” – donde por “cultura” no debemos entender la posesión de nociones, sino la capacidad de orientarse en un contexto, de comprender las dinámicas y de incidir sobre ellas, de afrontar las situaciones de frente a las cuales la existencia nos pone continuamente – está destinada a estar constantemente angustiada respecto a los desafíos de la contemporaneidad. No

estamos casando una concepción de la vida subyugada a parámetros impuestos por una economía competitiva, sino estamos tratando de resaltar la relevancia atribuida a los recursos, en primer lugar humanos, sobre los cuales hacer palanca para levantar la calidad de la vida de la colectividad. Una vez más, nos referimos a aquella idea del bienestar ligado al conocimiento sobre el cual tantos economistas concuerdan, como ya se ha visto en la introducción.

Para acercarnos al tema específico del papel de las bibliotecas en la sociedad contemporánea, podemos señalar que desde hace alrededor de veinte años la cuestión de la *information literacy* se ha impuesto como uno de los nudos que mayormente caracteriza los desafíos puestos por la sociedad de la información: a quien desea ser *information literate* se le supone la capacidad de recuperar la información actuando con estrategias de búsqueda eficaces, seleccionar y evaluar las informaciones recuperadas, organizar y reelaborar los contenidos, saber presentar y comunicar los resultados del propio trabajo⁸.

La importancia de la *information literacy* encuentra reconocimiento a nivel mundial y fuera de los especialistas del sector, tanto que poco después de su elección, el presidente Obama ha querido que el mes de octubre de 2009 fuera dedicado en USA a este tema. En el comunicado que lanzaba la iniciativa, ha llamado a la necesidad de todos los ciudadanos de aprender a evaluar la información, señalando la importancia vital de la competencia informativa y el papel que las instituciones desarrollan “en ayudar a separar la verdad de la ficción, la señal del rumor” y finalmente ha invitado a los ciudadanos estadounidenses a reflexionar acerca del papel de la información en varios aspectos de su vida⁹.

4. LAS BIBLIOTECAS Y LA ORGANIZACIÓN DEL SABER EN RED

En el sistema digital cambian los objetivos, los instrumentos, las prácticas, los actores y en definitiva la naturaleza de los flujos informativos y culturales. Se salta también la tradicional distinción, que tendía a unir el saber humanístico a las funciones de la memoria, a la investigación histórica y por tanto también a las bibliotecas, mientras el saber técnico-científico privilegiaba las funciones de la razón, el método experimental y los laboratorios: Internet es un enorme laboratorio, en el que convive todo y en el cual cada uno intenta coger aquello de lo que tiene necesidad, donde todo viene continuamente reelaborado.

Con la red cambia también la relación entre individuos y comunidad. Usando una expresión de gran efecto, Pierre Lévy ha hablado de “inteligencia colectiva”¹⁰, como de una inteligencia distribuida por todas partes, coordinada en tiempo real, que lleva a una movilización efectiva de las competencias. La biblioteca es uno de los elementos de la red y puede convertirse en un importante punto de articulación, propiamente por sus características de servicio público de tratamiento y elaboración de la información, de laboratorio en el cual la información se convierte en conocimiento, en la cual los elementos universales del conocimiento se combinan con el contexto específico en la que

ella se aplica. No es entonces una ventanilla indiferenciada por el acceso a la red, sino una institución “glocale”, que añade valor a la información.

Quien trabaja en las bibliotecas y por las bibliotecas debe ser capaz de comprender las transformaciones que se están llevando a cabo en el sistema de producción y circulación del conocimiento y, sobre esta base, reflexionar sobre la situación que en tal contexto asume la biblioteca, tendente como servicio público a la finalidad de garantizar el acceso a la información y al saber registrado en los documentos. Cuando uso la expresión “servicio público” referida a las bibliotecas, no creo que la diferencia – o, cuanto menos, la principal referencia – entre sujetos públicos y sujetos privados que gestionan el acceso al conocimiento sea buscar en el orden propietario de tales sujetos o en la gratuidad de los servicios ofertados. La verdadera diferencia está en la vocación, en los principios inspiradores que animan a la acción de las bibliotecas, concebidos para ser un servicio volcado en la colectividad, un servicio que orienta, guía, acompaña, un servicio que quiere tener un papel de “facilitador” en el acceso y en el uso del conocimiento.

Por desgracia, existe todavía una gran distancia entre *la idea de biblioteca* que aquí estoy ilustrando, la que probablemente comparten muchos bibliotecarios y estudiosos de biblioteconomía, y la percepción que gran parte de la población tiene sobre el papel de las bibliotecas. Para nosotros las bibliotecas constituyen una infraestructura del conocimiento que recopila, organiza y pone a disposición productos de la creatividad y del ingenio, proporciona acceso a una pluralidad de saberes y de informaciones, agiliza la actividad de los investigadores y los estudiosos, tutela la memoria cultural de una comunidad, ofrece a todos los ciudadanos ocasiones de crecimiento personal y cultural, favorece la adquisición de competencias que pueden ser mantenidas en la vida social y laboral.

En la opinión pública prevalece sin embargo una concepción de la biblioteca como lugar de representación de una cultura consolidada, depositada dentro de los documentos como forma de dar también autorización. Esta visión no está equivocada pero es parcial e insuficiente para describir las funciones que las bibliotecas pueden ejercitar.

Para rediseñar la fisonomía del instituto bibliotecario dentro del cuadro de cambios que habíamos delineado podemos partir de algunos conceptos clave: *la calidad de servicio*, o bien una oferta que estimula, que da curiosidad, que sea representativa de los diversos lenguajes de la comunicación, que se muestre efectivamente útil en la vida cotidiana de cada uno de nosotros; la relación entre *mercado* de la información y *servicio público* dentro de una *democracia*, para poner a todos en condición de acceder a la oportunidad informativa y formativa y apropiarse críticamente del conocimiento para edificar sobre ella *la cultura* de los individuos y la comunidad.

Partiendo de esta premisa, podemos considerar como un falso problema el dilema que con frecuencia viene propuesto sobre el destino y sobre la supervivencia de la biblioteca, llevando a preguntarnos si y cómo ella puede ofrecer servicios útiles a la colectividad. Reformulada de este modo la pregunta sobre el futuro de la biblioteca y desplazando la

cuestión sobre la posición del servicio bibliotecario en la sociedad de la información, se plantea el problema de cómo poner a fuego los objetivos y las funciones.

Si quisiéramos definir hoy la *misión* a la que la biblioteca debe responder no podríamos identificarla únicamente en su función de recopilación y almacenaje, de tipo archivístico, sino deberíamos poner el acento en la de servicio (no porque la primera no sea importante, sino porque la segunda es la que justifica la conservación, también cuando ella parece prevalecer sobre el uso): esta no es una novedad, al menos para quien trabaja en el sector, pero en la percepción general, que domina con frecuencia tanto entre los administradores públicos como en el hombre de la calle, prevalece todavía la idea de la biblioteca como “lugar de depósito” y no como servicio. Los dos aspectos son de hecho indivisibles. La palabra “biblioteca” – ha escrito Michael Gorman (2000) – comprende los servicios, la recopilación libraria, el personal y una vasta gama de actividad que se desarrolla dentro y fuera del edificio, aunque sólo esto último es la manifestación visible del concepto “biblioteca”. Personalmente, considero que permanece la necesidad de dar cuerpo y visibilidad al concepto de biblioteca y que sea este el motivo por el cual, en la época del máximo desarrollo de la red y de la accesibilidad capilar al patrimonio cultural digitalizado, se asiste a la construcción de grandes edificios destinados a biblioteca in todas las grandes ciudades del mundo. La biblioteca mantiene su naturaleza plural, “documental” y “social” al mismo tiempo, ya que se la ha confiado la cuenta de estar “al servicio de” una colectividad portadora de necesidades informativas y documentales diferenciadas, a las cuales proporcionar respuestas adecuadas, pero también eso de ser “parte de” una colectividad, donde encarnar por tanto la estratificación histórica, la evolución, las relaciones sociales que la atraviesan. Cada visión parcial resultaría inadecuada. Cada respuesta parcial a este conjunto de exigencias – apuntando casos sobre la función formativa, la informativa, de entretenimiento, de agregación y así – sería igualmente insuficiente.

La biblioteca es una recopilación de documentos – impresos y digitales, locales y remotos – organizada en función del uso, y hoy, estando venida a menos su dimensión física – o mejor, no pudiéndose limitar el radio de acción de la biblioteca a las organizaciones y al uso del material que está físicamente presente dentro de su sede –, podemos decir que la biblioteca es un instituto que suministra servicios a sus usuarios locales o a los navegadores de la red, a partir de una colección de documentos, físicamente poseídos y disponibles en red. De hecho, la biblioteca contemporánea – que sería equivocado definir de forma simple como biblioteca virtual, pero que es en realidad una biblioteca que en muchos casos continua fundamentándose sobre una colección de documentos impresos, y que al lado a los servicios tradicionales de consulta y lectura ofrece “también” servicios bibliotecarios virtuales – pone a disposición de sus usuarios (que pueden también ser usuarios remotos, que no tienen necesidad de trasladarse para poder utilizar los servicios) documentos analógicos y documentos digitales, accesibles a través de las uniones en las cuales se articulan las relaciones entre las diversas “tecas” virtuales presentes en red. La pérdida de lo físico no modifica la naturaleza del servicio, más bien consiente en hacer emerger la realidad verdadera sobre la cual se fundamenta la

biblioteca. No es banal el alcance de estas transformaciones, que exigen que las bibliotecas traten del mismo modo que el material poseído las colecciones virtuales, de las cuales con frecuencia no se tiene el control o sobre la cual se puede ejercitar un control mucho más débil respecto a lo reservado al material presente en la sede.

La esencia de la biblioteca se encuentra en el servicio que ofrece y no en las colecciones que posee. El elemento constitutivo de una biblioteca puede ser individualizado en el objetivo de preparar una búsqueda y proyectar servicios con el objetivo de responder a finalidades determinadas, documentar la elaboración cultural y la producción editorial en un cierto ámbito disciplinar o geográfico, servir a una específica comunidad de usuarios, y así sucesivamente. Sin este fuerte conocimiento de los objetivos, y por tanto sin esta proyección de servicio, la recopilación permanece inerte y quizá no puede decirse biblioteca. La organización del servicio bibliotecario no se limita, por tanto, a la preparación de una sede, a la disposición del material documentario, a la preparación de los instrumentos de búsqueda con los cuales los usuarios pueden localizar los documentos que mejor responden a sus exigencias. Parece siempre más importante el trabajo de análisis de la demanda, expresada y no expresada, que la biblioteca intenta satisfacer y la capacidad de orientación en las confrontaciones de un universo documental vastísimo y compuesto, en el cual se efectúa un trabajo de excavación, que presupone un progresivo afinamiento de los instrumentos de búsqueda y que conlleva por parte de la biblioteca un papel activo de guía y asistencia a los usuarios, hasta conseguir individualizar con precisión los documentos pertinentes para satisfacer de lleno las demandas realizadas por los usuarios.

Ninguna biblioteca puede permitirse ser autorreferencial, pero deberá construir la propia fisonomía peculiar y los propios objetivos específicos sobre el conocimiento de la *misión* que le viene asignada del sistema social y comunicativo en la cual va inmersa. Sólo de este modo la biblioteca puede tener un impacto social considerable y puede acreditarse como un servicio de relevancia infraestructural en la vida colectiva.

5. CONCLUSIONES

Los problemas de acceso al conocimiento se encuentran hoy ante una encrucijada: podríamos tomar un camino sencillo, que es una deriva hacia la presunción de autosuficiencia, y que se puede identificar con la “sociedad de Google”, por el que los ciudadanos pueden y deben cumplir con las necesidades de su propia información, sin poder contar en una función de filtro y orientación que sea realmente autorizada y confiable; o podríamos seguir un camino más difícil, pero tal vez aún más necesario en tiempos de crisis como este, por lo que creemos que es fundamental “invertir en conocimiento” y luego en un servicio público que apoye a los ciudadanos en su camino de aprendizaje.

En esta segunda perspectiva, las bibliotecas pueden tener – cerca de escuelas, universidades e instituciones educativas – una posición central, que tal vez nunca se ha

concedido a ellas. Por lo tanto, nosotros también estamos hoy ante una encrucijada y podemos elegir entre una posición destinada inevitablemente a la marginalidad o podemos, por fin, tratar de ejercer una acción que sea realmente decisiva. Nos espera a todos nosotros, que cultivamos los estudios de Biblioteconomía, adecuar a este desafío el bagaje cultural nuestro, de nuestros alumnos, de los bibliotecarios, de las bibliotecas mismas.

NOTAS

¹ Véase: Jeremy Bentham [1789], *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*, ed. by J. H. Burns – H. L. A. Hart, Oxford, Clarendon Press, 1996.

² *Understanding Knowledge As a Commons*, by Charlotte Hess and Elinor Ostrom, Cambridge MA, The MIT Press, 2007. Véase también: Elinor Ostrom, *Governing the Commons: The Evolution of Institutions for Collective Action*, New York, Cambridge University Press, 1990.

³ <<http://eur-lex.europa.eu/LexUriServ/LexUriServ.do?uri=COM:2010:2020:FIN:ES:PDF>>. [Consulta: 8 de enero de 2012].

⁴ The Economist, *Pocket World in Figures. 2012 edition*, London, Profile Books Ltd., 2011.

⁵ <<http://epp.eurostat.ec.europa.eu/portal/page/portal/eurostat/home/>>. [Consulta: 8 de enero de 2012].

⁶ Véase: <<http://www.itu.int/ITU-D/ict/statistics/>>. [Consulta: 8 de enero 2012].

⁷ *La expresión, nacida de la fusión entre "global" y "local", fue acuñado por el sociólogo alemán Ulrich Beck. He aplicado el término para el mundo de la biblioteca en mi libro La Biblioteca: scenari, culture, pratiche di servizio, Roma-Bari, Laterza, 2004.*

⁸ Véase IFLA Guidelines on information literacy for lifelong learning <<http://archive.ifla.org/VII/s42/pub/IL-Guidelines2006.pdf>>. [Consulta: 8 de enero de 2012].

⁹ Barak Obama, Presidential Proclamation of National Information Literacy Awareness Month, <http://www.whitehouse.gov/the_press_office/Presidential-Proclamation-National-Information-Literacy-Awareness-Month/>. [Consulta: 8 de enero de 2012].

¹⁰ Perre Lévy, *L'intelligence collective. Pour une anthropologie du cyberspace*, Paris, Éditions La Découverte, 1994.

6. BIBLIOGRAFÍA

BURKE, P. *A Social History of Knowledge. From Gutenberg to Diderot*. Cambridge-Oxford: Polity Press-Blackwell, 2000.

GORMAN, M. *Our Enduring Values. Librarianship in 21 th Century*. Chicago, London: American Library Association, 2000.

LAYARD, R. *Happiness: lessons from a new science*. London: Allen Lane, 2005.

LÉVI-STRAUSS, L. *Mythologiques: Le cru et le cuit*. Paris: Plon, 1964.

MATTELART, A. *La mondialisation de la communication*. Paris: Presses universitaires de France, 2008.

RIFKIN, J. *The Age Of Access: The New Culture of Hypercapitalism, Where All of Life Is a Paid-For Experience*. New York: Jeremy P. Tarcher-Putnam, 2000.

SEN, A.K. *Inequality Reexamined*. Oxford: Oxford University Press, 1992.